

La pantalla de azogue

Cine cubano en Miami

Alejandro Ríos

EL CICLO DE CINE CUBANO QUE, BAJO LOS AUSPICIOS DEL MIAMI DADE College, se celebra desde 1993, ha suscitado dos tipos de elogio. El de un público local que se acrecienta con cada función e indaga sobre su próxima celebración, y el del silencio por parte de las autoridades de la Isla.

Varios han sido los eventos del Ciclo que han contado con la asistencia cordial de participantes de Cuba. Enrique Pineda Barnet tuvo la gentileza de inaugurar la serie y en años subsiguientes, entre otros, desfilaron por su escenario Senel Paz, Gloria Rolando, Humberto Padrón y Jorge Molina.

Hace apenas unos meses, en un mismo panel de discusión, a propósito del Festival de Cine Cubano Alternativo celebrado en plena Pequeña Habana, coincidieron Juan Antonio García Borrero, crítico de cine residente en la Isla, exponiendo sus argumentos en franca y relajada discrepancia con directores de cine como Sergio Giral, Orlando Rojas, Emilio Oscar Alcalde y Ernesto Fundora, entre otros. Luego la sala se abrió a las preguntas del público asistente y la velada terminó por ser un ejercicio práctico de tolerancia y cordura.

La funcionalidad del Ciclo ha sido pausada y respetuosa en todos los sentidos. Por un lado, los cubanos han encontrado un nicho propicio para someter sus obras al público de Miami que, por otra parte, se ha ido contaminando de diversas nacionalidades también interesadas en estas nuevas visiones puestas al día de una revolución morbosa en su exhibicionismo. También los directores de otros países han filmado para la posteridad testimonios que, hoy por hoy, son una contribución insoslayable a la historia iconográfica de la nación y han tenido mediante el CCC la oportunidad de ventilar públicamente sus reflexiones.

En no pocas oportunidades, las pasiones se han inflamado, sobre todo con respecto a las interpretaciones foráneas del fenómeno cubano. De tal modo, Silvia Morini, protagonista del documental *Our House in Havana*, del estadounidense Stephen Olsson, regresó a Cuba luego de años de exilio y después de su presentación en el Ciclo debió afrontar la ira de un coterráneo que la hizo cómplice del régimen por ser sobrina de Carlos Rafael Rodríguez, hacer el controversial viaje de retorno y abogar por el fin del embargo. A lo que Morini argumentó, iracunda, que ella le había hablado personalmente a su tío sobre el fracaso de la Revolución. Fue una noche llena de tensiones en la sala, pero al final quedó la satisfacción de haber discutido entre cubanos sin que las diferencias socavaran la comunicación.

Todavía hoy recuerdo con cuánta ternura y entereza el belga Dirk Vandersypen, ya fallecido, director del memorable documental *Cuba III*, parado frente a un público no totalmente convencido de sus buenas intenciones al retratar la vida de un solar habanero, se esforzaba en explicar que su obra era una manera de rendir tributo al cubano de a pie, sin posibilidades de hacer constar sus reclamos más allá del exiguo círculo doméstico. El artista sentía un orgullo muy especial por haber contribuido a la conexión entre cubanos de ambas orillas mediante un gesto cultural. Al no recibir el beneplácito de las autoridades cubanas para presentar públicamente su documental, logró realizar, al menos, una proyección a sus protagonistas en el solar de la calle Cuba número 111.

Si alguna contribución importante ha hecho el programa a la divulgación serena del séptimo arte de tema cubano, es el redescubrimiento del más importante documentalista de su historia, junto a Santiago Álvarez, el también pintor y poeta Nicolás Guillén Landrián, quien dejara de existir en 2003. Poco tiempo antes de que en Cuba, sobre todo los jóvenes, comenzaran a desempolvar algunos de sus documentales prohibidos celosamente durante años, el Ciclo estrenó la única obra que hiciera en el exilio, *Inside Downtown*, y, en dos funciones posteriores, algunos de sus clásicos como *En un barrio viejo*, *Ociel del Toa*, *Taller de Línea y 18*, *Retornar a Baracoa* y *Coffea Arábiga*. Esas noches, dos con su presencia y la otra ya con su sentida ausencia, valió la pena verlo sonreír y conversar con la prensa y el público asistente, como si fuera un niño maldito, consciente de las jugadas que lo colocaron en un lugar del arte difícil de superar.

Quiero pensar que gracias a la existencia del Ciclo, otras puertas se han venido abriendo en el ámbito cultural de Miami para el cine con temática cubana. Siguiendo la pauta trazada, otros festivales e instituciones han venido programando dichas películas.

El Festival Internacional de Cine de Miami, ahora administrado por el Miami-Dade College, desde hace algún tiempo tomó la iniciativa de incluir en su programación tanto obras realizadas en Cuba como otras que tocan el tema. A las primeras pertenecen *Nada*, de Juan Carlos Cremata, premio de la popularidad en 2003; *La vida es silbar* y *Suite Habana*, ambas de Fernando Pérez, y *Video de familia*, de Humberto Padrón, que se volvía a proyectar luego de haber tenido un concurrido estreno en el propio Ciclo de Cine Cubano, como parte de las actividades del Festival de Cine Cubano Sumergido, curado desde la Escuela Internacional de Cine y TV de San Antonio de los Baños por el cineasta maldito Jorge Molina.

Entre los documentales sobre el tema presentados en el festival de cine más importante de la ciudad, se encuentran el estreno de *Buena Vista Social Club*, de Wim Wenders, antes de su presentación en Cuba, hecho que causó cierto escozor por esos días en el ICAIC; *Fin de Siglo*, de Marilyn Watelet y Simón Zaleski; *Calle 54*, de Fernando Trueba; *El planeta de los niños*, de Valeria Sarmiento; *Balseros*, de Carlos Bosh y José María Domènech; *Habana, mi amor*, de Uli Gaulke, y *Spirits of Havana*, de Bay Weyman y Luis O. García, por sólo mencionar algunos de los más exitosos.

El año pasado, poco después de que se estrenara en Cuba, el filme *Suite Habana*, de Fernando Pérez, ya había encontrado lugar en las estanterías de las tiendas de alquiler de vídeos de Miami. En países de América Latina, sobre todo en México, por poner un ejemplo conocido, no es extraño que las copias pirateadas de películas norteamericanas de estreno se vendan en la esquina del propio cine que las está exhibiendo.

En Miami ocurre una operación similar pero enfocada en el cine cubano de todos los tiempos, tanto aquel que fuera defenestrado por la Revolución de 1959 como el que se ha producido hasta el día de hoy. Así, aparecen unas junto a otras: *Casta de robles*, *El hombre de Maisinicú* y *Siete muertes a plazo fijo* al lado de *Guardafronteras* o *El Brigadista*. Pasar la vista por títulos tan dispares, en todos los sentidos, es un divertido ejercicio de prestidigitación ideológica. Todo lo que se trató de separar con tanta saña, convive armoniosamente en un modesto negocio de la emblemática Calle 8 de La Pequeña Habana.

El estreno formal de *Suite Habana* ocurrió durante el recién terminado Festival Internacional de Cine de Miami. Fernando Pérez, invitado al evento, no pudo acudir y disfrutar de cómo el círculo vital de su comentado filme se cerraba ante la vista de la otra Cuba, que colmó el legendario Teatro Gusman del centro de la ciudad. La visa no le fue otorgada, pero en la función tuvo su representante accidental, el personaje de la película que parte de Cuba, tras un amor, a los Estados Unidos. Allí se personó, esperando encontrar a Fernando Pérez, y pudo ver cómo buena parte del público asistente lloraba al final de la exhibición, devastados por la precariedad en que viven sus coterráneos, detenidos en un tiempo insólito de espera y resignación.

Muchos otros han constituido momentos memorables de la experiencia que ha proporcionado el CCC a todos los que hemos estado involucrados en su realización. No pocos cineastas cubanos de generaciones y estéticas diversas han hecho llegar copias de sus filmes a la institución, de la manera más discreta posible, para que la obra sea confrontada con su otro público natural. Hoy ya puedo decir, sin temor a perjudicarlo, pues falleció, que siempre agradeceré a Adolfo Llauradó el gesto solidario de enviar su documental *Divas*, proyectado ante cientos de cubanos deseosos de conocer el destino de quienes fueran mitos del cine y la televisión de la Isla.

En los últimos años, sin embargo, el acercamiento ha sido con las nuevas generaciones de directores y sus realizaciones emergentes y desprejuiciadas sobre la realidad que les ha tocado vivir en décadas más recientes. Dos festivales de cine en este sentido han sido convocados en los pasados tres años, el que llamamos Cine Sumergido, apropiándonos del término empleado por el crítico e investigador Juan Antonio García Borrero, y el de Cine Alternativo. El primero se debió a la voluntad y esfuerzo del director Jorge Molina, quien a la sazón trabajaba en la Escuela Internacional de Cine de San Antonio de los Baños. Su cuidadosa curaduría permitió al público de Miami asomarse a una Cuba insospechada, incluso a lugares recónditos del país, gracias al loable trabajo de un equipo de realizadores agrupados bajo el nombre de Televisión Serrana. El documental dedicado a la chivichana,

como medio de transporte en una población montañosa de la Isla, hizo historia entre los espectadores de la ciudad del sur de la Florida.

Por su parte, el propio Molina presentó su obra, sumamente provocadora y desafiante, enaltecedora del cine de género, que resultó ser una verdadera sorpresa en medio de la letanía política al uso que signa muchas zonas de la cultura cubana.

El más reciente de los festivales, el de Cine Alternativo Cubano, con el cual se celebraba el décimo aniversario del CCC, ya se produjo mediante convocatoria a todos los confines del mundo, y las respuestas llegaron de El Salvador, España, Alemania, México, Cuba y muchos otros países donde el tema sigue generando una gran fascinación. Curado por Ever Chávez y quien suscribe, una amplia gama de géneros audiovisuales fueron considerados para el programa final.

La burocracia oficial del Instituto del Arte e Industria Cinematográficos (ICAIC), sin embargo, se desentendió de la convocatoria e incluso no colaboró en lo más mínimo para que los invitados de la Isla pudieran tramitar sus visados. El único que logró llegar, Juan Antonio García Borrero, contó con la asistencia de otras instancias culturales para tener a tiempo su permiso de salida y visado norteamericano.

Los esfuerzos y las vías imaginadas para que las copias llegaran a tiempo a Miami bien pudieran integrar toda una secuencia dentro de un filme de espionaje de la llamada guerra fría. Al final, con raras excepciones, todos los que enviaron sus obras fueron incluidos y exhibidos en la sede del Festival de Cine Cubano Alternativo que fue el mítico Teatro Tower en La Pequeña Habana.

Es loable cómo las nuevas generaciones, no obstante las conocidas presiones, hicieron caso omiso de las mismas y se aventuraron con tenacidad a estar presentes en Miami, desafiando obstáculos políticos y migratorios mediante el lenguaje universal del arte.

El Festival de Cine Cubano Alternativo fue un sueño hecho realidad. En dos pantallas bajo un mismo techo, aconteció el mosaico más diverso posible sobre el país. Desde un dibujo animado de Matojo, con su candor didáctico de ética socialista, hasta el tráfico y consumo de estupefacientes en argumentos sucios de La Habana actual. Desde exilios y desarraigos en Hialeah y experimentaciones visuales en Los Angeles, a un inquietante juego de dominó en la Calle 8.

El evento rindió tributo a realizadores que de una manera u otra han dejado su huella en el devenir cinematográfico cubano, como Orlando Rojas, Ernesto Fundora, Jorge Dalton, Emilio Oscar Alcalde, José Padrón, Jorge Luis Sánchez, Nicolás Guillén Landrián, Manuel Marcel y Juan Carlos Cremata.

Por otra parte, contribuyó a expandir el contacto entre realizadores del exilio, nacidos en los Estados Unidos o llegados en diversas oleadas, con los de la Isla. Era prácticamente la primera vez que directores como Bill Teck, Joe Cardona, Rafael Lima, Rafael Falcón, Ruth Behar, María Bures, Bobby Farlice-Rubio, Lisandro Pérez, Rey Parla, Mario de Varona, Liz Cerejido, Tony Labat, Dinorah de Jesús Rodríguez, entre otros, confrontaban sus poéticas con colegas de la Isla.

Estos nuevos directores están siguiendo, de algún modo, el perseverante ejemplo trazado por pioneros excelsos como Jorge Ulloa, León Ichaso, Orlando Jiménez Leal, Eduardo Palmer, Camilo Vilas, llegados al exilio luego de una breve luna de miel con la épica de la Revolución. Fueron testigos excepcionales de la desilusión.

Los documentalistas de ahora, sobre todo, no cesan de hurgar en los intersticios de la sociedad pasada, presente y hasta futura, buscando la verdad de sus ancestros y la otra tan manipulada por intereses creados en ambas orillas. Los que cultivan la ficción, por su parte, ya refieren conflictos miamenses y se ocupan de lo extraordinario en una circunstancia tan paradójica como es la de un país desconocido físicamente que les devora el alma.

Con la obra ya producida en el exilio, Cuba vuelve a ocupar otro lugar de excepcionalidad en la historia del arte universal. Los soviéticos, húngaros, polacos y checos, por sólo mencionar a los más distinguidos, nunca se empeñaron en crear una cinematografía nacional allende sus fronteras. Los más grandes de sus cineastas fueron asimilados por la gran industria norteamericana. Los caribeños no ceden y se ufanan en tener un «cine cubano del exilio».

Meses antes del Festival me vi sentado en la humilde sala del apartamento que Nicolás Guillén ocupó hasta su muerte junto a su musa y esposa Grettel Alfonso Fuentes. Un grupo de amigos nos habíamos comprometido a ayudar a un director joven de la Isla empeñado en realizar en Cuba un documental sobre el hombre de *Ociel del Toa*. La idea era hacerle una entrevista a Guillén como pieza central del material. Resultó ser su última y más extensa conversación en cámara, donde saldó deudas pendientes y habló con jovial entusiasmo de sus avatares como director de cine. Lloró de emoción cuando se mencionó el nombre de Santiago Álvarez, quien lo ayudó en momentos muy difíciles de su vida, y no pudo contener la ira al escuchar el nombre de Julio García Espinosa, quien se empeñó, según Guillén, en hacer todo lo contrario.

El exiguo grupo de realización, en aquella sala donde deambulaba un gato circunvalando lentamente las pinturas de Guillén amontonadas por cada rincón, trabajó por amor y respeto al arte, tomando horas y recursos de sus vidas, sin cobrar un centavo. Una productora americana, embrujada por la cultura cubana, y dos cubanoamericanos, el camarógrafo y el sonidista, conocieron aquel día a ese negro aristocrático que refería una historia, entre tenebrosa y festiva, de cautiverios y realizaciones personales extraordinarias.

Aquel convite de delirios e ideas prefigura la mezcolanza que el futuro ya le tiene deparado a las manifestaciones del arte cubano. Los técnicos hablando inglés entre ellos, yo ejecutando un cuestionario llegado de La Habana vía correo electrónico, la americana preocupada por la excelencia de la realización en general, consciente de protagonizar un fragmento de nuestra historia, mientras Grettel aprovechaba una pausa de la grabación para secar el sudor de la frente de ese hombre tan presumido y decente que amó hasta la enajenación y la muerte. Todos en sintonía, colaborando, volando alto por encima de tendencias y resentimientos. Sin dictadura ni exilio por unas horas. Conscientes de que así será el futuro, pero mientras llega, que la inspiración nos atrape trabajando.